

grata y querida compañía será lo único que podrá consolarme durante estas largas pruebas, y el deseo de enriquecerla á usted y á Luciano me darán constancia y tenacidad...

—Yo también había adivinado que era usted uno de esos inventores que, al igual que mi padre, necesitan de una mujer que les cuide—dijo Eva interrumpiéndole.

—¿De modo que me ama usted? ¡Ah! dígamelo sin temor á mí, que he visto en su nombre un símbolo de mi amor. Eva fué la sola mujer que ha sido única en el mundo, y lo que para Adán era materialmente verdadero, lo es moralmente para mí. ¡Dios mío! ¿me ama usted?

—Sí—contestó ella prolongando esta sencilla sílaba, cual si quisiese describir así la extensión de sus sentimientos.

—Pues bien, sentémonos aquí—dijo David tomando á Eva por la mano y llevándola hacia una enorme viga que allí había.—Déjeme usted respirar el aire de la noche, oír el canto de las ranas y admirar los rayos de la luna, que tiemblan sobre las aguas; déjeme usted retener en mi mente para siempre esta naturaleza donde creo ver escrita mi dicha en todas partes, dicha que se me aparece por primera vez en todo su esplendor, iluminada por el amor y embellecida por usted. Eva, amada mía, he aquí el primer momento de goce sin mezcla que la suerte me ha deparado. Dudo mucho que Luciano sea tan feliz como yo.

Al sentir la mano de Eva, húmeda y temblorosa, entre las suyas, David depositó una lágrima en ella.

—¿No puedo yo saber el secreto?—preguntó Eva con voz mimosa.

—Sí, tiene usted derecho á ello, porque el padre de usted se ocupó de esta cuestión, que va á hacerse importante por lo siguiente: la caída del Imperio va á hacer casi general el uso de la tela de algodón, á causa de la baratura de este producto comparado con la ropa de hilo. En este momento el papel se hace aún con trapo de cáñamo y de lino; pero este ingrediente es caro, y su carestía retarda el gran movimiento que la imprenta francesa ha de adquirir necesariamente. Ahora bien, la producción del trapo no se puede forzar, porque el trapo es la producción del uso de la ropa, y la población de un país no da más que una cantidad determinada, cantidad que sólo puede crecer con el aumento de los nacimientos. Para operar un cambio sensible en la población de un país, se necesita un cuarto de siglo y

grandes revoluciones en las costumbres, en el comercio y en la agricultura; de modo que si las necesidades de la papelería se hacen superiores á la cantidad de trapo que Francia produce, para mantener el papel á bajo precio será preciso introducir en su fabricación un elemento distinto del trapo. Este razonamiento descansa en un hecho que ocurre aquí: las papelerías de Angulema, las últimas en que se fabricará el papel con trapo de hilo, ven al algodón invadiendo la pasta en una progresión espantosa.

A una pregunta de la joven obrera, que no conocía la significación del nombre *pasta*, David le dió informes acerca de la fabricación del papel, que no estarán de más en una obra cuya existencia material es debida lo mismo al papel que á la imprenta. Sin embargo, este largo paréntesis entre un amante y su amada, tal vez ganará siendo resumido.

El papel, producto tan maravilloso como la impresión, á la que sirve de base, existía hacia ya mucho tiempo en China cuando llegó al Asia Menor, donde, por el año 750, según algunas tradiciones, se hacía uso de un papel de algodón molido y reducido á pasta. La necesidad de reemplazar el pergamino, cuyo coste era excesivo, hizo dar, imitando el papel *bombiciano* (tal fué el nombre del papel de algodón en Oriente), con el papel de trapo, descubrimiento que fué hecho en Bale, según unos, el año 1170, por algunos griegos refugiados, y en Padua, según otros, en 1301, por un italiano llamado Pax. De modo que el papel se perfeccionó lenta y obscuramente; pero es indudable que cuando el reinado de Carlos VI, se fabricaba ya en París la pasta de los naipes. Cuando los inmortales Faust, Coster y Gutenberg hubieron inventado el libro, algunos artesanos, desconocidos como muchos grandes artistas de aquella época, apropiaron la papelería á las necesidades de la tipografía. En el siglo xv, tan vigoroso y tan resuelto, los nombres de las diferentes formas de papel, al igual que los nombres dados á los caracteres, llevaron la huella de la sencillez del tiempo. Así, el Racimo, el Jesús, el Imperial, el papel Pote, el Escudo, la Concha y la Corona, recibieron sus nombres del racimo, de la imagen de Nuestro Señor, de la corona, del escudo y del pote, en una palabra, de la marca que llevaba cada hoja en medio. De igual modo, los caracteres recibieron el nombre de Cicerón, San Agustín, etc., de las obras teológicas y de los tratados de Cice-

rón en que primero se emplearon tales caracteres. El *itdlico* fué inventado por los Aldé, en Venecia, y de ahí proviene su nombre. Antes de la invención del papel mecánico, cuya longitud no tiene límites, los mayores tamaños de papel eran los del Gran Jesús ó la Gran Corona, y aun este último no servía á no ser para los atlas ó para los grabados. En efecto, las dimensiones del papel de impresión estaban sometidas á las del mármol de la prensa. En el momento en que David hablaba, la existencia del papel continuo parecía aún una quimera en Francia, á pesar de que Dionisio Robert hubiese inventado ya en Essona, el año 1799, una máquina para fabricarlo, máquina que después intentó perfeccionar Didot Saint-Leger. El papel vitela, inventado por Ambrosio Didot, sólo data del año 1780. Esta rápida ojeada demuestra palpablemente que todas las grandes adquisiciones de la industria y de la inteligencia se han hecho con excesiva lentitud y por agregaciones imperceptibles, enteramente lo mismo que ocurre con las cosas de la naturaleza. Para llegar á su perfección, la escritura, y el lenguaje tal vez, han hecho los mismos ensayos que la tipografía y la papelería.

—Los traperos recogen de Europa entera los trapos y la ropa vieja, y compran los despojos de toda clase de tejidos —dijo el impresor terminando.—Estos despojos, escogidos por clases, se almacenan en casa de los traperos al por mayor, los cuales proveen de trapos á las fábricas de papel. Para que tenga usted una idea de este comercio, sepa usted, señorita, que en 1814, el banquero Cardón, propietario de las cubas de Buges y de Langlee, donde Leorier de la Isla intentó, desde 1776, la solución del problema de que se ocupó su padre, tenía un pleito con un tal señor Proust, con motivo de un error de dos millones de libras de trapos en una cuenta de diez millones, que importaban unos cuatro millones de francos. El fabricante lava los trapos y los reduce á una pasta clara que se filtra, enteramente lo mismo que una cocinera filtra una salsa, á través de un bastidor de hierro llamado *forma*, cuyo interior está ocupado por una tela metálica en medio de la cual está la filigrana que da su nombre al papel. El tamaño de la *forma* depende entonces del tamaño del papel. Cuando yo estaba en casa de los señores Didot, había ya quien se ocupaba de esta cuestión, y aun hay quien se ocupa hoy, pues el perfeccionamiento buscado por el pa-

dre de usted es una de las necesidades más imperiosas de los tiempos actuales, y lo es por la siguiente razón. Aunque la duración del hilo, comparada con la del algodón, contribuye, en definitiva, á hacer que el hilo sea menos caro que el algodón, cuando se trata de hacer soltar el bolsillo á los pobres, éstos prefieren dar menos que más, y sufren enormes pérdidas en virtud del ¡*Vae victis!* La clase burguesa obra también como la clase pobre; así es que la ropa de hilo disminuye. En Inglaterra, donde las cuatro quintas partes de la población han reemplazado el hilo por el algodón, no se fabrica ya más que papel de algodón. Este papel, que tiene ante todo el inconveniente de cortarse y romperse, se disuelve en el agua con tanta facilidad, que una libra de papel hervido no duraría un cuarto de hora, mientras que un libro viejo podría permanecer dos horas sin perderse, pues una vez seco, el texto sería aún legible y la obra no quedaría destruída. Estamos en una época en que, disminuyendo las fortunas, todo se empobrecerá, y querremos ropa y libros baratos, como se empieza á querer cuadros pequeños por falta de espacio donde colocar los grandes. Las camisas y los libros no durarán, pues, mucho tiempo, y la solidez de los productos desaparece en todas partes. La resolución de este problema es, pues, de gran importancia para la literatura, para las ciencias y para la política. Estando un día en mi despacho, en París, se promovió una gran discusión acerca de los ingredientes que se emplean en China para fabricar el papel. En este país, gracias á las primeras materias, la fabricación del papel ha alcanzado una perfección que no posee la nuestra. Entonces se ocupaban mucho del papel chino, que es muy superior al nuestro por su finura y ligereza, preciosas cualidades que no le impiden ser consistente y que evitan, por lo tanto, la transparencia. Un corrector muy instruído (pues en París hay correctores que son verdaderos sabios: Fourier y Pedro Leroux son en este momento correctores de la casa Lachevardiere), decía, pues, que un corrector muy instruído, el conde de San Simón, que ejercía el oficio temporalmente, se presentó en medio de la discusión y nos dijo que, según Kempfer y Halde, el *broussonatia* era el vegetal de que se servían los chinos para hacer su papel. Otro corrector sostuvo que el papel de China se fabricaba principalmente con un producto animal, con la seda, tan abundante en China. Entonces se hizo una apuesta

delante de mí, y como los señores Didot son impresores del Instituto, la discusión fué sometida á algunos miembros de esta asamblea de sabios. El señor Marcel, antiguo director de la imprenta imperial, designado como árbitro, aconsejó á los dos correctores que fuesen á ver al abate Grozier, bibliotecario en el Arsenal, y, á juicio de este señor, los dos correctores perdieron su apuesta. El papel chino no se fabrica ni con la seda ni con el *broussonatia*: su pasta proviene de las fibras del bambú trituradas. El abate Grozier poseía un libro chino, obra iconográfica y tecnológica á la vez, que tenía infinidad de figuras que representaban la fabricación del papel en todas sus fases, y nos enseñó los tallos de bambú amontonados en un rincón de un taller de papel. Cuando Luciano me dijo que su padre, llevado de esa intuición propia de todos los hombres de talento, había entrevisto el medio de reemplazar los trapos por una materia vegetal excesivamente común, como hacen los chinos sirviéndose de tallos fibrosos, yo indagué todos los ensayos hechos por mis predecesores y me puse por fin á estudiar la cuestión. El bambú es una caña, y, como es natural, yo pensé en seguida en las cañas de nuestro país. El trabajo manual no vale nada en China, donde se pagan quince céntimos por jornal; así es que los chinos pueden aplicar, al salir de la forma, hoja por hoja entre planchas de porcelana calentadas, por medio de las cuales prensan el papel y le dan ese brillo, esa consistencia y esa suavidad de satén que contribuyen á que sea el mejor papel del mundo. Ahora bien, es preciso reemplazar los procedimientos de los chinos con alguna máquina, pues con las máquinas se logra resolver el problema de la baratura, que logran en China gracias al bajo precio de la obra de mano. Si nosotros lográsemos fabricar á bajo precio papel de calidad semejante al de China, disminuiríamos en más de la mitad el peso y el espesor de los libros. Un Voltaire encuadernado, que con nuestros papeles vitela pesa doscientas cincuenta libras, no pesaría más que cincuenta con papel chino, y esto sería ciertamente una conquista. El espacio necesario para las bibliotecas será una cuestión más difícil de resolver cada vez en una época en que el empequeñecimiento general de las cosas y de los hombres alcanza á todo, hasta á sus habitaciones. Los grandes palacios y las grandes viviendas de París no tardarán en ser demolidas, y muy pronto dejarán de

verse fortunas que harmonicen con las construcciones de nuestros antepasados. ¡Qué vergüenza es para nuestra época fabricar libros sin duración! Diez años más por este camino, y el papel de Holanda, es decir, la fabricación del papel de hilo se hará ya imposible. Ahora bien, su hermano de usted me comunicó la idea que había tenido su padre de emplear ciertas plantas fibrosas en la fabricación del papel, y como usted ve, si yo lo logro, ustedes dos tendrán derecho á...

En este momento, Luciano se aproximó al grupo é interrumpió la generosa proposición de David.

—No sé si á vosotros os habrá parecido hermosa la noche; pero para mí ha sido cruel.

—¿Qué te ha ocurrido, Luciano?—dijo Eva al notar la animación del rostro de su hermano.

El poeta, irritado, contó sus angustias, desahogando en aquellos corazones los raudales de pensamientos que le asaltaban. Eva y David escuchaban á Luciano en silencio, afligidos ante aquel torrente de dolores que revelaba tanta grandeza como pequeñez.

—El señor de Bargetón—dijo Luciano para terminar—es un anciano que no tardará en reventar de una indigestión, y entonces yo dominaré á ese mundo orgulloso, me casaré con Luisa. Esta noche he leído en sus ojos un amor igual al mío. Sí, ella ha compartido conmigo mis dolores, ha calmado mis sufrimientos y se ha mostrado tan grande y noble como amable y hermosa. No, ella nunca me hará traición.

—¿No ha llegado el momento de procurarle una existencia tranquila?—dijo David en voz baja á Eva.

Ésta estrechó suavemente el brazo de David, y éste, comprendiendo los pensamientos de su amada, se apresuró á dar cuenta á Luciano de los proyectos que habían formado. Los dos amantes estaban tan preocupados de sí propios, como Luciano de él mismo; de manera que, en su ansia de ver aprobada su dicha, no vieron el movimiento de sorpresa que dejó escapar el amante de la señora de Bargetón al tener noticia del casamiento de su hermana y de David. Luciano, que soñaba con que su hermana se aliase con algún hombre poderoso una vez que él hubiera hecho fortuna, quedó desolado al ver en aquella unión un obstáculo más para su medro personal.

—La señora de Bargetón podrá avenirse á ser señora de

Rubempré; pero nunca transigirá con ser cuñada de David Sechard.

Esta frase es la fórmula clara y precisa de las ideas que acudieron al corazón de Luciano, mortificándole.

—¡Qué razón tiene Luisa!—pensaba.—Las gentes de porvenir no son nunca comprendidas por su familia.

Si aquella unión le hubiera sido notificada en un momento en que él no hubiera muerto fantásticamente al señor de Bargetón, sin duda la hubiera acogido con franca alegría; pues reflexionando acerca de su situación actual é indagando cuál podría ser el destino de una muchacha pobre y hermosa como Eva Chardón, habría considerado aquel matrimonio como una ventura inesperada; pero estaba sumido en uno de esos sueños de oro con que los jóvenes franquean todas las barreras, acababa de verse dominando á la sociedad, y el golpe era demasiado rudo al volver á la realidad. Eva y David creyeron que su hermano se callaba anonadado ante tanta generosidad. Para aquellas dos hermosas almas, una aceptación silenciosa probaba una amistad verdadera. El impresor se puso á describir con cariñosa y cordial elocuencia la dicha que les esperaba á los cuatro, y, no obstante las interjecciones de Eva, amuebló el primer piso con el lujo de un enamorado, construyó el segundo para Luciano con ingenua buena fe y estableció en su casa á la señora de Chardón, con la cual se proponía desplegar todos los cuidados de una solicitud filial. En fin, que hizo á la familia tan feliz y á su hermano tan independiente, que Luciano, encantado por la voz de David y por las caricias de Eva, olvidó en las sombras del camino, á lo largo del tranquilo y brillante Charente y bajo la estrellada bóveda de la noche, la mortificante corona de espinas con que la sociedad había cubierto su cabeza. El señor de Rubempré reconoció por fin á David, y la volubilidad de su carácter no tardó en hacerle recordar con cariño la vida pura, laboriosa y modesta que había hecho. El ruido del mundo aristocrático se alejó cada vez más, y por fin, cuando llegó al Houmeau, el ambicioso estrechó la mano á su hermano y se puso al unisono con los dos felices amantes.

—¡Con tal que tu padre no se oponga á este matrimonio! —le dijo á David.

—¡Ya sabes lo poco que le preocupan mis cosas! El buen hombre sólo vive para sí; pero de todos modos, mañana iré

á Marsac, aunque sólo sea para lograr que haga las construcciones que necesitamos.

David acompañó á los dos hermanos hasta la casa de su madre, y después pidió á ésta la mano de Eva, con el apresuramiento del hombre que no quería retardar su enlace. La madre tomó la mano de su hija, la puso entre las de David con júbilo, y el amante besó en la frente á su hermosa prometida, que le sonrió ruborizada.

—He aquí los esponsales de la gente pobre—dijo la madre levantando los ojos como para implorar la bendición de Dios.—Hijo mío, tiene usted mucho valor, porque á nosotros nos persigue la desgracia, y temo mucho que ésta sea contagiosa.

—Seremos ricos y felices—dijo gravemente David.—Para empezar, usted dejará su oficio de enfermera y vendrá á vivir á Angulema con su hija y con Luciano.

Los tres muchachos se apresuraron entonces á contar á su madre asombrada su encantador proyecto, entregándose á una de esas charlas de familia en que se gozan y se saborean de antemano los placeres. Fué preciso indicar á David que se marchase, porque el feliz amante hubiera querido que aquella noche fuese eterna, y daba la una de la mañana cuando Luciano acompañó á su futuro cuñado hasta la puerta Palet. El honrado Postel, intranquilo al ver aquel extraordinario movimiento, estaba de pie detrás de las persianas, y acabó por abrir la ventana y decirse, al ver luz á aquella hora en el cuarto de Eva:

—¿Qué pasará en casa de los Chardón?

Y luego, al ver que Luciano volvía, le preguntó:

—Amigo mío, ¿qué les pasa á ustedes? ¿Me necesitan para algo?

—No, señor—respondió el poeta;—pero como usted es amigo nuestro, ya puedo enterarle: mi madre acaba de conceder la mano de mi hermana á David Sechard.

Por toda respuesta, Postel cerró bruscamente la ventana, desesperado de no haberse anticipado á pedir la mano de la señorita Chardón.

En lugar de entrar en Angulema, David tomó la carretera de Marsac y se encaminó á pie á casa de su padre, adonde llegó en el momento en que rayaba el alba. El enamorado joven vió debajo de un almendro la cabeza del antiguo oso, que sobresalía por encima de un seto.

—Buenos días, padre —le dijo David.

—¡CÓMOL! ¿eres tú, hijo mío? ¿Qué es lo que te trae que vienes á esta hora? Entra por aquí—dijo el viñero indicando á su hijo una portezuela.—Mis viñas están todas en flor, y no hay ni una cepa helada. Este año habrá una gran cosecha.

—Padre, vengo á hablarle á usted de un asunto importante.

—¿Y cómo van nuestras prensas? Supongo que debes ganar cuanto quieres.

—No gano, padre, gran cosa; pero ya ganaré.

—Aquí me critican todos porque dicen que abono demasiado la tierra—dijo el padre.—Los burgueses, es decir, el señor conde, el señor marqués, los señores tal y cual, pretenden que le quito la calidad al vino. ¿Para qué sirve la instrucción? para atrofiarnos el cerebro. Escucha: esos señores recolectan siete ú ocho piezas por fanega y las venden á sesenta francos la pieza, lo cual da un total de cuatrocientos francos por fanega los años buenos. Yo recolecto veinte piezas por fanega y las vendo á treinta francos: total, seiscientos francos. ¿Quién es el tonto, yo ó ellos? ¡La calidad! ¡la calidad! ¿Qué me importa á mí la calidad? ¡Que se guarden para sí la calidad esos señores marqueses! Para mí, la calidad son las pesetas. Conque decías...

—Decía, padre, que me caso y que vengo á pedirle...

—¿Pedirme? ¿el qué? Nada absolutamente, hijo mío. Cástate si quieres, yo te lo consiento; pero respecto á dar algo, te advierto que no tengo un céntimo. Los envases me han arruinado. Hace dos años que anticipo envases, impuestos y gastos de toda clase; el gobierno se lo lleva todo, el dinero más fresco es para él. Mira, dos años hace ya que los pobres viñeros no hacemos nada. Este año no se presenta mal la cosa; pero lo que se recoja servirá para pagar á los toneleiros. ¿Por qué te casas antes de la vendimia?

—Padre, sólo vengo á pedirle á usted su consentimiento.

—¡Ah! ¡eso es otra cosa! Y dime, ¿con quién te casas, si no es curiosidad?

—Con la señorita Eva Chardón.

—¿Quién es esa? ¿de dónde ha salido?

—Es hija del difunto Chardón, farmacéutico del Houmeau.

—¿Te casas con una hija del Houmeau tú, burgués, tú, impresor del rey en Angulema? ¡He aquí los frutos de la educación! ¡Meta usted á sus hijos en un colegio! Pero, en-

tonces, será muy rica, ¿verdad, hijo mío?—dijo el viñero aproximándose á su hijo con aire zalamero;—porque si te casas con una hija del Houmeau, debe tener el oro y el moro. Bueno, así me pagarás los alquileres. ¿Sabes, hijo mío, que hace ya dos años y tres meses que no me pagas, lo cual asciende á la suma de dos mil setecientos francos, que me vendrían muy bien para pagar al tonelero? A cualquiera otro que no fuera mi hijo, tendría derecho á pedirle los intereses; porque, después de todo, los negocios son los negocios; pero á ti te los perdono. Conque dime, ¿cuánto tiene?

—Tiene lo que tenía mi madre.

El anciano viñero iba á decir: «¿No tiene más que diez mil francos?»; pero se acordó de que no había querido rendir cuentas á su hijo, y exclamó:

—¿No tiene nada?

—La fortuna de mi madre la formaban su inteligencia y su belleza.

—Sí, vete á la plaza con eso, y ya verás lo que te dan. ¡Por vida de...! ¡Qué desgraciados son los padres con los hijos! David, cuando yo me casé, sólo era un pobre *oso*, que no tenía más porvenir que mis brazos; pero con la hermosa imprenta que yo te he *dado*, con tu industria y tus conocimientos, debes casarte con una burguesa de la villa, con una mujer que tenga treinta ó cuarenta mil francos. Deja tu pasión, y ya me encargaré yo de casarte. Hay á una legua de aquí una viuda de treinta y dos años, y molinera, que tiene cien mil francos en bienes: ¡ese es tu negocio! ¡Vaya! ¡Como que podrías reunir sus bienes con los de Marsac, que se tocan! ¡Ah! ¡qué hermosa propiedad tendríamos y cómo la dirigiría yo! Dicen que se va á casar con Courtois, su primer dependiente, y tú vales mucho más que él. Yo administraré el molino, mientras que ella se dará buena vida en Angulema.

—Padre, ya estoy comprometido.

—David, veo que no entiendes ni jota en cuestiones de comercio, y te veo arruinado. Sí, si te casas con esa muchacha del Houmeau, yo me formalizaré contigo y te citaré para que me pagues mis alquileres, porque no preveo nada bueno. ¡Ah! ¡mis prensas! ¡mis prensas! Se necesitaba dinero para daros aceite y haceros rodar. ¡Sólo una buena cosecha puede consolarme de esto!

—Padre, me parece que hasta ahora le he causado á usted pocas penas.

—Y me has pagado muy pocos alquileres—respondió el viñero.

—Además de su consentimiento, venía á pedirle que construyese un segundo piso en la casa.

—¡Naranjas! ¿no sabes que no tengo un céntimo? Además, eso sería tirar el dinero á un pozo. ¡Ah! ¿Y te levantas tan temprano para venir á pedirme construcciones capaces de arruinar á un rey? Si tú te llamas David, no creas acaso que yo tengo los tesoros de Salomón. Pero ¡estás loco! Mira, esta cepa tendrá racimos—dijo interrumpiéndose para mostrar una cepa á David.—¡Estos hijos si que no frustran las esperanzas de los padres! No tienes más que abonarlos, y te dan resultado siempre. Yo te he metido en el liceo, he pagado sumas enormes para hacerte sabio, te envié á estudiar á casa de los Didot, ¿y con todo eso no sabes darme por nuera más que á una muchacha del Houmeau y sin un céntimo de dote? Si no hubieras estudiado y te hubiera tenido siempre á mi lado, hoy obrarías con arreglo á mis gustos y te casarías con una molinera que tiene más de cien mil francos, sin contar el molino. ¡Ah! ¿para eso te sirve tu talento? ¿para creer que yo voy á recompensar tus hermosos sentimientos construyéndote un palacio? Cualquiera diría que la casa sólo ha servido de pocilga y que tu novia del Houmeau no podía vivir en ella. ¿Es acaso una reina de Francia?

—Bueno, padre, no importa; yo construiré por mi cuenta el segundo piso, y así será el hijo el que enriquecerá al padre. No es esta la primera vez en que se ve el mundo al revés.

—¡Cómo, muchacho! ¿tienes dinero para edificar y no lo tienes para pagarme los alquileres? ¡Granuja! ¿cómo te ries de tu padre!

Planteada de este modo la cuestión, fué difícil resolverla, pues el buen hombre se consideraba feliz poniendo á su hijo en una situación que le permitiese no darle nada, si bien mostrándose paternal. De suerte que David no pudo obtener de su padre más que un sencillo consentimiento para su boda y el permiso para hacer á costa suya todas las construcciones que pudiese necesitar en la casa paterna. El antiguo *oso*, aquel modelo de padres conservadores, hizo á su hijo el favor de no exigirle los alquileres, cobrándoselos de las economías que éste le había dejado ver. David volvió triste, porque comprendió que, en caso de necesidad, no podría contar para nada con su padre.

Al día siguiente, no se habló en todo Angulema más que de la frase del obispo y de la respuesta de la señora de Bargetón. Los menores acontecimientos fueron desnaturalizados, aumentados y embellecidos de tal modo, que el poeta se convirtió en el héroe del momento. De la esfera superior en que se desencadenó aquella tormenta de cuentos, cayeron algunas gotas en la burguesía. Cuando Luciano pasó por Beaulieu para ir á casa de la señora de Bargetón, notó la envidiosa atención con que algunos jóvenes le miraron y oyó algunas frases que le enorgullecieron.

—¡Ese sí que es un hombre feliz!—decía un pasante de procurador, llamado Petit-Claud, muchacho feo, que había sido compañero de colegio de Luciano.

—Sí, á decir verdad, es un chico guapo y de talento, y la señora de Bargetón está loca por él—decía un hijo de familia que había asistido á la lectura.

Luciano había esperado con impaciencia la hora en que encontraría sola á Luisa, á fin de que ésta, que había pasado á ser árbitro de sus destinos, aceptase el matrimonio de su hermana. Después de la velada de la víspera, Luisa estaría sin duda más cariñosa, y su cariño podría originar un momento de dicha. El poeta no se había engañado: la señora de Bargetón le recibió con un énfasis de sentimiento que fué considerado como un gran progreso de pasión por aquel novato en amor. La gran dama abandonó sus hermosos cabellos de oro, sus manos y su cabeza á los inflamados besos del poeta que tanto había sufrido la víspera.

—¡Si te hubieras visto la cara cuando leías!—le dijo Luisa, pues habían llegado á tutearse la víspera, cuando Luisa había enjugado con su blanca mano las gotas de sudor que coronaban la hermosa frente del joven.—¡Qué brillo despedían tus hermosos ojos! Yo veía salir de tus labios los hilos de oro que suspenden los corazones de la boca de los poetas. Me has de leer todo Chenier, que es el poeta de los amantes. ¡Oh! ¡yo no quiero que sufras más! Sí, ángel querido, yo te formaré un oasis donde pasarás toda tu vida de poeta, activa, dulce, laboriosa y pensativa, sucesivamente; pero no olvides nunca que tus laureles me los debes á mí, porque esto será para mí la noble indemnización de los sufrimientos que me esperan. ¡Pobre Luciano mío! este mundo no me tratará á mí con más consideración que á ti, porque se venga de las dichas que él no procura. Sí, yo estaré siempre

celosa, ¿no lo notaste ayer? Pero yo era feliz, ¡vivial! ¡Hace tanto tiempo que no han vibrado juntas todas las cuerdas de mi corazón!

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de Luisa, cuya mano tomó Luciano, llenándola de besos por toda respuesta. La vanidad de aquel poeta fué acariciada por aquella mujer, como lo había sido por su madre, por su hermana y por David, y de esta suerte, todo el mundo en torno suyo continuaba levantándole el pedestal imaginario en que él se colocaba. Mantenido en sus creencias ambiciosas por todo el mundo, lo mismo por sus amigos que por sus enemigos, Luciano vivía en una atmósfera llena de espejismos. Es tan natural que una imaginación joven se haga cómplice de estas alabanzas y de estas ideas, que se necesita más de una lección amarga y fría para disipar tales prestigios.

—Hermosa Luisa mía, ¿quieres, pues, ser tú mi Beatriz; pero una Beatriz que se deje amar?

La señora de Bargetón levantó sus hermosos ojos, que mantenía bajos, y dijo, desmintiendo sus palabras con angelical sonrisa:

—Si usted lo mereciese... quizá más tarde. ¿No es usted feliz? Tener un corazón adicto, poder decirlo todo con la seguridad de ser comprendido, ¿no es una dicha?

—Sí—respondió Luciano haciendo un mohín de amante contrariado.

—¡Niño!—dijo ella burlándose.—Vamos, ¿tiene usted algo que contarme? Luciano mío, has entrado muy preocupado.

Luciano confió tímidamente á su muy amada el amor de David por su hermana, el de ésta por David y el matrimonio proyectado.

—¡Pobre Luciano!—dijo Luisa.—Tiene miedo de que le peguen ó le riñan, como si fuese él el que se casase. ¿Dónde está el mal de eso?—repuso acariciando los cabellos á Luciano.—¿Qué me importa tu familia, de la cual eres tú una excepción? Si mi padre se casara con mi criada, ¿te importaría á ti mucho? Querido mío, los amantes constituyen por sí solos toda su familia. ¿Tengo yo en el mundo ningún otro interés que no sea mi Luciano?

El poeta se consideró el hombre más feliz del mundo con esta egoísta respuesta, y en el momento en que escuchaba las locas razones con que Luisa le probaba que estaban so-

los en el mundo, entró el señor de Bargetón. Luciano frunció las cejas y pareció azorado, y Luisa le hizo una seña y le rogó que se quedase á comer con ellos, pidiéndole, además, que les leyera á Andrés Chenier, hasta que los contentulios empezasen á llegar.

—No sólo le causará usted un placer á ella, sino que también me lo causará á mí—le dijo el señor de Bargetón.—Nada me agrada más que oír leer después de comer.

Animado por el señor de Bargetón, animado por Luisa y servido por los criados con el respeto que éstos suelen demostrar á los favoritos de sus amos, Luciano permaneció en el palacio de Bargetón identificándose con todos los goces de una fortuna cuyo usufructo gozaba. Cuando el salón estuvo lleno de gente, se sintió tan fuerte con la estupidez del señor de Bargetón y con el amor de Luisa, que tomó un aire dominador, que fué alentado por su amada, y saboreó los placeres del despotismo conquistado por Nais, placeres que ésta se complacía en hacerle participar. Por fin, procuró desempeñar durante toda aquella velada el papel de héroe de villa. Al ver la nueva actitud de Luciano, algunas personas pensaron que éste había gozado ya de la señora de Bargetón, y Amelia, que había ido con el señor del Chatelet, afirmaba esta gran desgracia en un rincón del salón donde se habían reunido los celosos y los envidiosos.

—No hagan ustedes á Nais culpable de la vanidad de un jovenzuelo que se siente orgulloso de hallarse en un mundo que nunca creyó él que podría frecuentar—dijo Chatelet.—¿No ven ustedes que ese Chardón toma las frases cariñosas de una mujer por insinuaciones? El pobre no sabe aún distinguir el silencio que guarda la pasión verdadera, del lenguaje protector que debe á su belleza, á su juventud y á su talento. ¡Qué dignas de compasión serían las mujeres si fuesen culpables de todos los deseos que nos inspiran! Él, no hay duda que está enamorado; pero por lo que atañe á Nais..

—¡Oh, Nais!—repitió Amelia.—Nais se considera muy feliz con esa pasión. ¡Ofrece tantas seducciones el amor de un joven á la edad que ella tiene! Al lado de un niño así, se vuelve una joven, se hace la niña, se afectan los escrúpulos y los modales de ésta y no se piensa en el ridículo. Vea usted cómo el hijo de un farmacéutico se da aires de amo en casa de la señora de Bargetón.

—¡Oh! el amor no conoce esas distancias — exclamó Adriano.

Al día siguiente, no hubo una sola casa en Angulema donde no se discutiese el grado de intimidad que existía entre el señor Chardón, alias Rubempré, y la señora de Bargetón, y estos dos amantes, culpables apenas de algunos besos, eran acusados ya por el mundo de la dicha más criminal. La señora de Bargetón sufría la pena de su recuerdo. Entre las extravagancias de la sociedad, ¿no habéis notado los caprichos de sus juicios y la locura de sus exigencias? Hay personas á las que se les consiente todo, que pueden hacer las cosas más desprovistas de razón, y que siempre son aplaudidas; pero hay otras con las que el mundo se muestra sumamente severo: éstas tienen que hacerlo todo bien y no engañarse nunca ni faltar, ni aun decir una tontería, y parecer estatuas admiradas que han sido bajadas de su pedestal tan pronto como la intemperie les ha arrancado un dedo ó les ha roto la nariz. A éstas no se les permite nada humano, y son consideradas por todos como divinas y perfectas. Una sola mirada de la señora de Bargetón á Luciano equivalía á los doce años de dicha de Cicina y de Francis. Un apretón de manos de los dos amantes iba á atraerles todas las furias del Charente.

David había traído de París un peculio secreto que pensaba destinar á los gastos de su casamiento y á la construcción del segundo piso de la casa paterna. Agrandar esta casa, ¿no era trabajar para él, toda vez que, contando su padre sesenta y ocho años, no tardaría en pasar á sus manos? El impresor hizo, pues, construir de madera la habitación de Luciano, á fin de no recargar las viejas paredes de aquella agrietada casa, y se complació en decorar y amueblar la habitación del primer piso donde Eva debía pasar la vida. Aquellos días fueron para los dos amigos tiempo de alegría y de dicha completa. Aunque cansado de las raquíticas proporciones de la vida de provincia y de aquella sórdida economía, que contribuía á que una moneda de cinco francos fuese considerada como una suma enorme, Luciano soportó sin quejarse los cálculos de la miseria y las privaciones. Su sombría melancolía había sido sustituida por la radiante expresión de la esperanza, pues veía brillar una estrella sobre su cabeza, y soñaba con una hermosa existencia basando su dicha en la muerte del señor de Bargetón, el cual

hacia ya tiempo que tenía malas digestiones y la feliz manía de considerar la indigestión de una comida, como una dolencia que debía curarse con la comida siguiente.

A principios del mes de Septiembre, Luciano no era ya regente de la imprenta, sino que había pasado á ser el señor de Rubempré, que vivía en una magnífica casa, si se comparaba con la miserable buhardilla en que vivía el pequeño Chardón en el Houmeau. Ya no era el hombre del Houmeau, sino que habitaba en lo alto de Angulema y comía cuatro veces á la semana en casa de la señora de Bargetón, siendo admitido, además, en el obispado, gracias á las muchas simpatías que supo inspirar al obispo. En una palabra, que su género de vida contribuía á que le considerasen como una de las personas más elevadas, digna de ocupar un puesto entre las eminencias de Francia. No hay duda que ocupando un bonito salón, un dormitorio encantador y un despacho lleno de gusto, podía conformarse con los treinta francos al mes que tan penosamente ganaban su madre y su hermana, pues veía ya cercano el día en que la novela histórica que escribía hacia ya dos años, titulada *El arquero de Carlos IX*, y un tomo de poesías titulado *Las Margaritas*, diesen á conocer su nombre en el mundo literario, dándole bastante dinero para pagar los sacrificios de su hermana, de su madre y de David. De esta suerte, considerándose ya engrandecido y prestando oídos al renombre de su fama en el porvenir, aceptaba entonces aquellos sacrificios con noble entereza, se reía de su angustiosa situación y gozaba de sus últimas miserias. Eva y David habían anticipado la dicha de su hermano á la suya propia. El matrimonio se había retardado esperando á que los obreros acabasen de amueblar, empapelar y pintar el primer piso, pues las cosas de Luciano habían tenido la primacía. El que conociera á Luciano no se asombraría de esta abnegación; era el poeta tan seductor y sus maneras tan graciosas, expresaba su impaciencia y sus deseos con tal encanto, que siempre lograba lo que deseaba antes de haber hablado. Este fatal privilegio pierde á mayor número de jóvenes que salva. Acostumbrados á los agasajos de una juventud mimada, y felices de esa egoísta protección que concede el mundo al ser que le agrada, muchos de esos jóvenes gozan de este favor en lugar de explotarlo. Engañados acerca del sentido y del móvil de las relaciones sociales, creen que han de encontrar siempre seductoras sonrisas, y llegan des-



nudos, calvos, achacosos y sin valor ni fortuna al momento en que el mundo los deja á la puerta de un salón ó en el rincón de una callejuela. En primer lugar, Eva había deseado aquel retraso, porque quería adquirir baratas las cosas necesarias para un matrimonio. ¿Qué podían negar dos amantes á un hermano que, cuando veía trabajar á su hermana, decía con acento salido del corazón: «¡Quisiera saber coser!». Además, el grave y observador David había sido cómplice de aquel sacrificio. Sin embargo, desde que el poeta obtuvo su triunfo en casa de la señora de Bargetón, David empezó á sentir recelos ante la transformación que se operaba en Luciano, y temió que éste despreciase las costumbres burguesas. En su deseo de poner á prueba á su hermano, David lo colocó á veces entre los goces patriarcales de la familia y los placeres del gran mundo, y al ver que Luciano les sacrificaba sus vanidosos goces, había exclamado:

—¡Oh! ¡no nos lo corromperán!

Varias veces, los tres jóvenes, acompañados de la señora Chardón, hicieron jiras campestres como las que acostumbra á hacerse en provincias; iban á pasearse á los bosques de los alrededores de Angulema, comían sobre la hierba provisiones que el dependiente de David llevaba á cierto lugar y á una hora convenida, y volvían á su casa por la noche algo cansados, pero sin haber gastado más de tres francos. En las grandes circunstancias, cuando comían en lo que se llama una fonda, especie de posada campestre que fluctúa entre la fonda de provincias y el figón parisiense, llegaban hasta á gastar cinco francos, que pagaban por partes iguales David y los Chardón. El impresor veía con gran satisfacción que Luciano olvidaba en aquellas jiras campestres los goces que encontraba en casa de la señora de Bargetón y las suntuosas comidas del mundo. Entonces, todos querían halagar al gran hombre de Angulema.

En este estado las cosas, en el momento en que no faltaba ya nada para la boda, y durante un viaje que David hizo á Marsac para lograr que su padre asistiese á la boda, esperando que el anciano, seducido por su nuera, contribuiría á los enormes gastos que exigía el arreglo de la casa, ocurrió uno de esos acontecimientos que cambian por completo la faz de las cosas en una villa.

Luciano y Luisa tenían en Chatelet un espía íntimo que acechaba con la persistencia de un odio mezclado de pasión

y avaricia, la ocasión de dar un escándalo. Sixto quería obligar á la señora de Bargetón á declararse en favor de Luciano, de un modo que la perdiese. A este objeto, se fingía humilde confidente de la señora de Bargetón, y admiraba á Luciano en casa de ésta; pero le criticaba en los demás sitios. El barón había logrado insensiblemente algunas confidencias de Nais, la cual no desconfiaba ya de su antiguo adorador; pero Chatelet había pensado demasiado mal de los dos amantes, cuyo cariño seguía siendo platónico, con gran desesperación de Luisa y de Luciano. Existen, en efecto, pasiones que empiezan mal. Dos personas se sumen en la táctica del sentimiento, hablan en lugar de obrar y se baten en lugar de sitiarse mutuamente, hastiándose así á sí propias y fatigando sus deseos en el vacío. Dos amantes tienen entonces tiempo de reflexionar y de juzgarse. Muchas veces, pasiones que han entrado en campaña con la bandera desplegada, arrogantes y llenas de ardor, acaban por encerrarse en sí mismas avergonzadas, desarmadas y admiradas de su primer empuje. Estas fatalidades se explican á veces por las timideces de la juventud y por las temporizaciones á que se entregan las mujeres que se estrenan, pues esta clase de engaños mutuos no los sufren ni los fatuos que conocen la práctica ni las coquetas acostumbradas á los manejos de la pasión.

Por otra parte, la vida de provincias es sumamente contraria á los contentos del amor y favorece los debates intelectuales de la pasión, aumentando, en cambio, los obstáculos que se oponen al grato comercio que une á todos los amantes, precipitando sus ardientes almas en extremos opuestos. Dicha vida está basada en un espionaje tan meticuloso, en una tan gran transparencia de vidas, y admite tan poco la intimidad que consuela sin ofender la virtud, recriminando injustamente las relaciones más puras, que muchas mujeres quedan manchadas á pesar de su inocencia; y muchas de ellas se reprochan entonces el no gustar de todas las felicidades de una falta cuyo castigo se les aplica. La sociedad que critica ó vitupera sin un examen serio y previo de los hechos que ponen término á ciertas luchas secretas, es de este modo cómplice de esas caídas; para la mayor parte de las gentes que declaman contra pretendidos escándalos dados por ciertas mujeres calumniadas sin razón, no han pensado nunca en las causas que las determinan á una resolución pública. La señora de Bargetón iba á encontrarse en